

LÓGICA LITERARIA Y LÓGICA CIENTÍFICA. UN ENSAYO SOBRE EL ENSAYO EN CIENCIAS SOCIALES

The Literary Logic and the Scientific Logic. An essay on the social science essay

José Alejandro García Guerrero

José Alejandro García Guerrero

Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara, Profesor de Contexto Histórico Social del Centro de Formación Humana del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente. Publicaciones: "Indianización como proceso y como discurso en Chiapas, México." *Revista Colombiana de Antropología*. Volumen 38, enero-diciembre de 2002. 131-160. "El estudio de la región como sistema complejo. La constitución de Los Altos de Chiapas como región india". En *Memorias del Seminario 2003* del Departamento de Desarrollo Rural Sustentable Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias de la Universidad de Guadalajara. 2004. 39-72. *Historietas del Diagnóstico de la ONU sobre Derechos Humanos en México*. CDH-Pro Juárez e IMDEC. 2006. Temas de investigación. Pensamiento crítico, sociología, desarrollo local y análisis del discurso.

E-mail: joseagg@iteso.mx

Resumen

El presente trabajo es una breve aproximación al problema de la distinción entre los ensayos científicos y los literarios, especialmente en las ciencias sociales. El planteamiento central es que se pasa por alto el rigor científico de la escritura en ciencia y suele utilizarse el lenguaje literario sin ubicar las consecuencias significativas que cada símbolo de la escritura tiene sobre los lectores. Se plantea además que la elección de temas, problemas y lenguaje en cualquier texto tiene un sentido político identitario en campos de poder y privilegio.

Palabras claves: ensayo, ciencias sociales, escritura, literatura, discurso.

Abstract:

This essay is a brief approach to the problem of distinguishing between scientific and literary studies, especially in the social sciences. The central idea is that the scientific rigor of the writing science is ignored and literary language is often used without taking in consideration the significant consequences that each symbol of the writing has on readers. It is also established that the choice of topics, issues and language has a political identity in the fields of power and privilege.

Key Words: *essay, social sciences, writing, literature, discourse.*

Introducción

Entre los estudiantes de Sociología y Antropología parece persistir la preocupación por la redacción de ensayos. Ya que la escritura se inculca en nosotros tanto como una necesidad escolar, un requisito laboral o como una exigencia cultural, es necesario re-aprender el oficio de escribir. Ser científico también es un oficio. Aprender el rigor de la ciencia supone el manejo permanente de las reglas (y no justamente de las epistémicas). Después de reconocer que la objetividad es una falacia formal, un acuerdo histórico de sujetos concretos que forman una comunidad (Kuhn 1950), es preciso reaprender la escritura de la ciencia, porque su lugar no es la formalidad sino la generación de discursos convincentes, dentro de lo que Polier y Roseberry (1989) denominan los campos de fuerza, poder y privilegio.

Para hacer convincentes los discursos escritos, los científicos tenemos que recurrir a las diferentes técnicas literarias. Sin embargo, es preciso reconocer las diferencias simbólicas, técnicas y teleológicas de lo literario y de lo científico -como lo señala Bourdieu (1975)- reconociendo dos campos con límites estructurales que llevan a dos lógicas discursivas cabalmente distintas. La deuda que la ciencia tiene con la literatura está en la mira de este ensayo ¿Cómo escribir un hallazgo científico si no se conocen los rigores de la redacción científica y menos su diferencia con los géneros literarios? ¿Cómo hacer convincente un discurso sin una técnica narrativa depurada? Estas y otras preguntas intentan ser respondidas a continuación.

¿Qué es un ensayo y para quién escribirlo?

Esta es la primera pregunta que es necesario responder en el aprendizaje de los rigores de la ciencia. Un ensayo es un ejercicio de ideas que permite la expresión más convincente de un fenómeno dado. Cuando se trabaja en una investigación sociológica o antropológica es necesario contar con hipótesis que nos guíen en la explicación del fenómeno particular. El planteamiento del problema varía necesariamente a lo largo de la investigación, pero sobre todo cuando se redacta. Es en este punto donde hay que

preguntarse tres cosas: ¿Cuál es el problema? ¿Cuál es su respuesta? ¿A quien se quiere convencer de que ese es el problema y esa es su respuesta?

Persiste una seria confusión entre los estudiantes universitarios y profesionales respecto a la diferencia entre el ensayo literario y el ensayo científico. Al parecer el rigor distinto que gobierna a cada tipo de ensayo no es suficientemente claro ni obliga a distinguir las formas y estilos de cada uno. Diversos argumentos pueden plantearse y en algunos casos prosperar y motivar al cambio de rigores.

José Luis Martínez (1985) realizó una clasificación de los ensayos literarios en diez categorías (ver cuadro 1). De los diez tipos de ensayos que señala sólo el *ensayo teórico* puede equipararse al que se realiza en las ciencias sociales. Sin embargo, limitar a conceptos un ensayo es un error porque soslaya los hallazgos de campo y tales hallazgos tienen más vínculo con la originalidad del *ensayo interpretativo*. De ahí que es necesario marcar la diferencia entre el rigor literario y el científico. Martínez retoma a Montaigne (1580) para fundamentar las posibilidades del ensayo literario:

El juicio es un instrumento necesario en el examen de toda clase de asuntos [...], si se trata de algo que no entiendo, con mayor razón me sirvo de él, sondeando el vado de muy lejos, si lo encuentro demasiado profundo en mis alcances, me detengo en la orilla [...] De cien miembros y rostros que tiene cada cosa, escojo uno, ya para acariciarlo, ya para desflorarlo y a veces para penetrar hasta el hueso [...] Varió cuando me place y me entrego a la duda y a la incertidumbre, y a mi manera habitual que es la ignorancia. (Montaigne 1580 en Martínez 1985: xix)

Martínez concluye que lo que caracteriza al ensayo es "...la falta voluntaria de profundidad en el examen de los asuntos, método caprichoso y divagante, y preferencia por los aspectos inusitados de las cosas", pero reconoce que implícitamente es una "...exposición discursiva, en prosa; su extensión, muy variable, puede oscilar entre pocas líneas y algunos centenares de páginas, más parece suponer que pueda ser leído de una sola vez." (Martínez, 1985: xxiii) Ensayistas más habituados al combate político a través de revistas y periódicos en los últimos treinta años diferirán notablemente de esta tipología y esta definición, puesto que Martínez recoge sus ejemplos de trabajos que se hicieron hasta los años setenta.

CUADRO 1. Modalidades del ensayo según José Luis Martínez (1985).

Ensayo como género de creación literaria	Es la forma más noble e ilustre del ensayo, a la vez invención, teoría y poema.
Ensayo breve, poemático	Semejante al anterior aunque más breve y menos articulado; a la manera de apuntes líricos, filosóficos o de simple observación curiosa.
Ensayo de fantasía, ingenio o divagación	De clara estirpe inglesa. Exige frescura graciosa e ingenio, o este arte sutil de la divagación cordial y honda sin que se pierda la fluidez y aparente ligereza
Ensayo -discurso u oración (doctrinario)	Expresión de los mensajes culturales y civilizadores. Formalmente oscila entre la oratoria del discurso y la disertación académica, pero lo liga al propiamente llamado ensayo la meditación y la interpretación de las realidades materiales o espirituales.
Ensayo interpretativo	Es la forma que puede considerarse normal y más común del ensayo: exposición breve de una materia que contiene una interpretación original.
Ensayo teórico	Un matiz lo diferencia del ensayo interpretativo, pues mientras las proposiciones de aquél discurren más libremente y se ocupan por lo general de personalidades o acontecimientos históricos o culturales, las de éste, más ceñidas, discurren por el campo puro de los conceptos.
Ensayo de crítica literaria	Cualquier índole de crítica literaria con las características del ensayo interpretativo.
Ensayo expositivo	Exposición de tipo monográfico y de visión sintética que contiene al mismo tiempo una interpretación original.
Ensayo –crónica y memorias	Aquí el ensayo se alía con rememoraciones históricas o autobiográficas.
Ensayo breve, periodístico	Registro leve y pasajero de las incitaciones, temas, opiniones y hechos del momento, consignados al paso, pero con una agudeza o una emoción que lo rescaten del simple periodismo.

La diferencia en el rigor científico ha sido la distinción más habitual entre la obra literaria o la científica. Los ensayos de Alfonso Reyes o de Octavio Paz se concentran tanto en la reflexión y la expresión de las ideas, que pasan por alto el rigor de un método científico basado en las hipótesis y su verificación con un proceso de investigación *en campo*. El caso concreto del tema de la mexicanidad ensayado por diferentes *pensadores* a mediados del siglo XX, fue analizado por Lomnitz-Adler señalando que “estos ensayos sobre la mexicanidad tienen en común una metodología que consiste en transformar la historia en un psicodrama y este psicodrama en interpretaciones de prácticas culturales concretas.” (Lomnitz-Adler 1995:12)

De acuerdo con el mismo autor, el hecho de que *los pensadores* sean generalmente literatos ha generado distorsiones en dos sentidos, primero porque han provocado entre los sociólogos y antropólogos un afán por convertirse en actores sociales sobresalientes, en la convicción de que “[el ensayo literario y la novela] les permite dirigirse a un público más amplio y exponer sus verdaderas creencias, su visión del mundo” (Lomnitz-Adler 1995: 19). En segundo lugar la ensayística, por su cercanía al gran público “...no suele motivar investigaciones empíricas. Se trata tan sólo de síntesis destinadas a ser consumidas en situaciones políticas particulares.” (Ibidem: 20).

Por ejemplo, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz (1952) puede clasificarse como un caso claro de esa segunda distorsión, puesto que produce *símbolos reciclables* o estereotipos, sin análisis adicional ya que, por ejemplo: no intenta descubrir las relaciones de poder entre las clases en la sociedad nacional o el uso político de tales estereotipos en un momento histórico específico. En un pie de página (Cuadro 2), Lomnitz-Adler señala la efectividad de los estereotipos esbozados por Paz a pesar de su carácter de “imágenes pedagógicas de charla de sobremesa”:

Cuadro 2. Estereotipos usados por Paz en el Laberinto de la Soledad según Lomnitz-Adler (1995)

MEXICANOS	ESTADOUNIDENSES
Realistas	Utilitarios
Macabros	Hipócritas
Aficionados a mitos y leyendas	Aficionados a cuentos de hadas y policiacos
Mienten por desesperación o fantasía	No mienten, pero eliminan partes de la verdad
Creyentes	Créulos
Se emborrachan para confesar	Se emborrachan para olvidar
Nihilistas	Optimistas
Desconfiados	Abiertos
Tristes y sarcásticos	Joviales alegres y humoristas
Contemplativos	Comprensivos
Se regodean en sus llagas	Se regodean en sus inventos
Salud por contacto	Salud por higiene

Si vemos con más detenimiento, la efectividad de un discurso puede llevar a equívocos de principio. Los errores propios de la falta de referente empírico permiten visualizar las diferencias de rigor entre la redacción de un ensayo literario interpretativo y de un

estudio científico del mismo tema. Cuando Octavio Paz señala con extraordinaria habilidad intelectual y narrativa que:

Toda la angustiosa tensión que nos habita se expresa en una frase que nos viene a la boca cuando la cólera, la alegría o el entusiasmo nos llevan a exaltar nuestra condición de mexicanos: ¡Viva México, hijos de la Chingada! Verdadero grito de guerra, cargado de una electricidad particular, esta frase es un reto y una afirmación, un disparo, dirigido contra un enemigo imaginario, y una explosión en el aire. Nuevamente, con cierta patética y plástica fatalidad, se presenta la imagen del cohete que sube al cielo, se dispersa en chispas y cae oscuramente. O la del aullido en que terminan nuestras canciones, y que posee la misma ambigua resonancia: alegría rencorosa, desgarrada afirmación que se abre el pecho y se consume así misma (Paz, 1950: 68).

La fuerza lírica de los adjetivos en el ensayo literario se convierte en pobreza de información en el ensayo científico. Justamente la efectividad de adjetivos como “patética y plástica fatalidad” que se refieren a la identidad del mexicano, denotan la muy criticable visión subjetiva del autor. La profundidad poética de una “afirmación que se abre el pecho,” en principio, no tiene cabida en un análisis científico, pues como toda metáfora (por muy acertada que parezca) no tiene un referente empírico preciso.

El sentido de las expresiones sin referente empírico exige al menos una explicación de pie de página, si no es que una clara exposición del motivo que lleva a usar metáforas, adjetivos u oraciones sobresalientes para el autor.¹ Pero este problema que parece tener una simple solución técnica, tiene un trasfondo amplio en los estudios de comunicación social.

La hermenéutica sociológica tiene en Shutz (1962) un exponente magistral del problema de los significados que juegan en la comunicación social. Su propuesta nos permitirá aclarar el problema de a quién nos dirigimos cuando escribimos un ensayo. El convencimiento de los lectores con un texto supone antes que nada compartir símbolos, para Shutz (1962) estos símbolos son recreados a propósito en la dinámica social que él denomina “contexto objetivo de significación”. Dentro de este contexto, los individuos se comunican sobreentendiendo muchos elementos de su vida social, determinada

¹ Un ejemplo de esto es cuando Marx utiliza en la *Introducción a la crítica de la economía política de 1857* el concepto de edificio social, la base y la superestructura explicando paso a paso el porqué de tal metáfora.

histórica y geográficamente (como ya Weber lo había señalado respecto al objeto de estudio de la sociología: el sobreentendimiento de la acción socialmente significativa).

Entre los analistas del fenómeno literario, uno de los principales problemas discutidos es el de la distinción entre ficción y realidad. El enfoque más conocido por los especialistas es el de Bakhtin (1982), quien criticó fuertemente el hecho de que la *representación* de las culturas se hiciera sólo con la voz de un autor, es decir, que tanto en las novelas realistas como en las etnografías un narrador hablara por todos. Este autor propone, -en la búsqueda del realismo-, un proceso *dialógico* que permita la expresión de todas las voces (como fuentes), sin que desaparezca el autor como voz persuasiva. Otros autores como Lienhard (1993) señalan que la distinción entre ficción y realismo no viene de una posición autoral, sino de “una especie de *pacto* que estipula las condiciones de su lectura [de un texto]” (1993: 515) Este pacto, que también es *sobreentendido* (a través del paratexto: título, prólogo, notas), establece la verosimilitud de la ficción literaria y la veracidad del realismo etnográfico.

En las ciencias sociales, la discusión sobre la distinción entre realidad y ficción no ha sido menos tortuosa. Desde los años ochenta, un movimiento que se define como “textualista” ha desarrollado la discusión grandemente. Debido a que estos antropólogos se concentran en la redacción de textos como una “celebración egocéntrica y nihilística del etnógrafo como autor, creador y consumidor de lo otro”, pasan por alto la ubicación del autor en el contexto político, social, cultural e individual, es decir, en medio de los campos de fuerza, poder y privilegio que supone la producción y el consumo de los textos (Polier y Roseberry 1989: 2).

Es importante señalar que los antropólogos posmodernos han propuesto que el autor sea más sensible sobre su papel como escritor - constructor de hechos sociales. Esta propuesta parte de la preocupación reciente sobre el consumo de discursos identitarios porque, -como Friedman (1992) ha escrito-, “el discurso académico es tan mítico como el popular [porque] es un discurso de identidad”. Se trata de un discurso que reconstruye el pasado por que tiene una función política en el presente para determinados grupos que se identifican étnicamente, práctica que Friedman define como *mitologización*.

El rigor del juego discursivo: el paratexto político

El carácter político de la producción y el consumo de los textos puede ser mejor explicado en la perspectiva gramsciana que Bourdieu (1975) ha puesto en su teoría de los campos culturales. En el campo simbólico de la literatura igual que en el campo de la ciencia social, los símbolos son predeterminados por un lenguaje común, -un código-, siempre autorizado en última instancia por la comunidad de literatos consagrados o científicos del más alto nivel que los validan, vigilan su cumplimiento y su legitimidad, como señala Bourdieu, son los “signos de distinción” que los dominantes hacen notar, para diferenciarse, en la lucha contra los aspirantes al control hegemónico del campo simbólico.²

Los aspirantes, en cualquier campo cultural, cumplen el papel de *herejes*, son los que hacen propuestas arriesgadas, los que intentan nuevas técnicas y nuevos modelos, pero que son denostados y seleccionados dentro de los canales políticos establecidos en “el juego” que todos validan al competir dentro de él.

En la lucha por el *capital simbólico* se establecen, en nuestro caso para la redacción de ensayos, los rigores del paratexto, pero también el fundamento epistémico de la narración. El descubrimiento es una parte medular de la escritura de ensayos como de las narraciones literarias. Aunque los hallazgos científicos son la base de las revoluciones científicas, estas son formalmente ubicadas en el proceso investigativo “en campo”. Sin embargo, y como señaló Kant en la *Crítica de la razón pura* (1781), el descubrimiento viene de un proceso mental basado en “juicios sintéticos” (a priori). Este proceso mental puede entenderse mejor si seguimos la triada metodológica propuesta por Bonfantini y Proni (1989).

En el análisis de *Estudio en escarlata* de Conan Doyle, Bonfantini y Proni señalan que aunque Sherlock Holmes basa sus comentarios a la policía en la observación de hallazgos concretos, -los rastros de un asesino-, siguiendo el método inductivo, esos comentarios son generalizaciones derivadas de su experiencia, inferencias que denotan también su método deductivo. En este contexto, la elaboración de hipótesis se convierte en el elemento central del proceso investigativo:

² El campo simbólico se caracteriza por tener una historia que lo autonomiza, leyes propias (límites), un mercado, una institución, un lenguaje común, pero sobre todo, la creencia de sus adeptos en el valor del juego entre dominantes y aspirantes.

Que una investigación policiaca debe remontarse a las causas, a los orígenes –y por lo tanto, para decirlo con los términos cultos de Peirce, no de Holmes, basarse ante todo en la *retradicción* o *abducción*–, es indiscutible. La cuestión está en elucidar si el tipo de abducción implicada en la investigación policial es idéntica, o similar, o diferente por completo del tipo de abducciones implicadas en la investigación teórica científica que, es de presumir, interesaba más a Peirce. Que puede haber cierta diferencia entre los dos tipos de abducción puede suponerse *a priori*, teniendo en cuenta la diferencia de objetivos de los dos tipos de investigación (Bonfantini y Proni 1989: 172-173).

La elaboración de hipótesis (abducción), es el proceso principal en la formación de la estructura narrativa. En el caso de *Estudio en escarlata* el autor ha guardado para el final la construcción de las hipótesis de Holmes, pero en general no señala más que algunas. Esta es una estrategia de redacción que conscientemente el autor utiliza con el objetivo de dejar dudas en el lector, engancharlo a la trama y asentar una serie de afirmaciones al final, como hizo su personaje el descubrimiento del asesino. Esta es también una manera de dejar al lector un espacio de interpretación, lo cual es fundamental en toda obra literaria, incluso en el ensayo, donde, a pesar de que su objetivo es la explicación, siempre hay estrategias para envolver al lector en la discusión (o mejor dicho, en el proceso de construcción).

Los ensayos literarios, como señalan Samperio (1999) e Hiriart (1999) se basan en el manejo de ideas y problemas dentro de un contexto de lucha por el dominio del capital simbólico. También los ensayos científicos entran en esta categoría, sin embargo sus rigores difieren, en tanto se trata de dos campos simbólicos que se separaron en el siglo XIX, cuando los científicos abandonaron las máximas de Montaigne y establecieron un código estricto (las reglas del juego en la ciencia) respecto a la redacción de una pretendida verdad, válida en su contexto objetivo de significación.

Poca atención ponen ahora los científicos sociales al análisis sistemático de la redacción de los hallazgos científicos, debido a la búsqueda de una representación más estricta de las fuentes. En este esfuerzo han puesto en tela de juicio elementos minuciosos del paratexto, por ejemplo, la redacción de las citas textuales para evitar el plagio y la malversación, el uso de las comillas para señalar algo como especial (cuando pueden significar muchas otras cosas, por ejemplo el sarcasmo o la ironía), el uso del paréntesis con intenciones de aclarar, pero sobre todo el uso de metáforas y lugares comunes. La preocupación es que esto deja mucho espacio de interpretación a los

consumidores de textos científicos y generalmente lleva a confusiones. En resumen, se pone en el centro del debate el sobreentendimiento de autor y lector.

Otros aspectos se han delimitado con mayor precisión para la redacción de ensayos, sobre todo en la antropología norteamericana reciente. Se establece que todo ensayo debe partir de una pregunta fundamentada y el ensayo se debe abocar a dar sólo la respuesta a esa pregunta. Cada párrafo constituye un elemento que da coherencia al todo, pero que también es un todo el mismo...

...ordenar los párrafos no es para embellecer tu manuscrito sino para separar tu ensayo en unidades manejables. Habría una oración temática cerca del inicio de cada párrafo, usualmente, sino invariablemente, la primera oración. La ‘oración temática’ generalmente tiene tres funciones: (1) para introducir el aspecto del problema que intentas tratar en el párrafo; (2) para ligar el párrafo con lo que ha sido escrito antes; y (3) para dar una clave de lo que será incluido en el párrafo: de esta forma, todo lo que no pueda ser directamente relacionado a la ‘oración temática’ debe ser eliminado (traducción y resaltado propio. McGill University, 1992: 2).

Desde la última década del siglo XX, el énfasis puesto en los pormenores de la redacción fue acotando las reglas del juego para la elaboración de ensayos en las ciencias sociales. Especialmente los consejos editoriales de las revistas internacionales han marcado la pauta en este aspecto, puesto que son quienes reciben la presión de los científicos que luchan dentro de este pequeño campo cultural. En México, el CONACYT ha establecido una lista de revistas *de excelencia* que reciben esta misma presión. Para las nuevas generaciones universitarias (especialmente de las ciencias sociales y las humanidades) será muy importante distinguir la lucha y las diferencias entre la lógica ensayística de la ciencia y la lógica de la literatura de divulgación, artística o aquella que simplemente no atiende -y no tiene por qué atender- los rigores de la redacción científica, pero al mismo tiempo será importante mantener la búsqueda de caminos nuevos de la redacción atractiva y eficiente para la difusión de la ciencia.

Bibliografía

- Bahktin, M. (1982), *Estética de la creación verbal*. México, Editorial Siglo XXI.
- Bonfantini M. A. y Proni, G. (1989), “To guess or not to guess?” en Eco, U. y T. A. Sebeok (eds.) *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Barcelona, Editorial Lumen, pp.164-184.
- Bourdieu, P. (1975), *La distinción*. Barcelona, Editorial Paidós.
- Conan Doyle, A. (1887), *Sherlock Holmes, estudio en escarlata*. Madrid, Alianza Editorial. Edición 1985.
- Friedman, J. (1992), “Myth, History & Political Identity” en *Cultural Anthropology*, Vol. 7. N°2, pp. 194-210.
- Hiriart; H. (1999), “El arte del ensayo” México, Periódico *La Jornada*, 3 de Octubre.
- Kant, I. *Crítica de la Razón Pura* (1781). Madrid: Taurus. Edición de 2005.
- Kuhn, Thomas S. (1950), *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Editorial Alianza.
- Lienhard, M. (1993), *Ficción etnográfica y etnografía documental en América Latina. El <<horizonte de 1930>>*. México, Anuario 1998 del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica. Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, pp. 509-526.
- Lomnitz-Adler, C. (1995), *Las salidas del laberinto*. México, Editorial Joaquín Mortiz.
- Martínez, J. L. (1985), *Ensayos siglo XIX y XX*. Introducción. México, Editorial Planeta.
- McGill University (1992), *Indicaciones para escribir ensayos en Antropología*. Mimeografiado. 6 p. (Traducción propia).
- Montaigne (1580), *Los Ensayos*. Barcelona, El Acantilado. Edición 1977.
- Paz, O. (1952), *El laberinto de la soledad*. México, Editorial SEP/ setentas (edición 1981).
- Polier, N. y Roseberry, W. (1989), “Tristes Tropes: post modern anthropologists encounter the other and discover themselves” en *Economy and Society*, Vol. 18, N° 2.
- Samperio, G. (1999), *El ensayo literario*. México, Mimeografiado. 5 p.
- Shutz, A. (1995), *El problema de la realidad social* (1962). Buenos Aires, Amorrortu.